

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA año C

24 de abril de 2022

Mario Michiaki Yamanouchi, Obispo de la Diócesis de Saitama

Queridos Hermanos y Hermanas:

Según una antigua tradición, este domingo se llama domingo "in Albis". En este día, los neófitos de la Vigilia Pascua se ponían una vez más su vestido blanco, símbolo de la luz que el Señor les había dado en el bautismo. Después se quitaban el vestido blanco, pero debían introducir en su vida diaria la nueva luminosidad que se les había comunicado; debían proteger diligentemente la llama delicada de la verdad y del bien que el Señor había encendido en ellos, para llevar así a nuestro mundo algo de la luminosidad y de la bondad de Dios.

San Juan Pablo II dedicó este mismo domingo a la Divina Misericordia con ocasión de la canonización de la hermana María Faustina Kowalska, el 30 de abril de 2000.

Juan Pablo segundo vivió bajo dos regímenes dictatoriales y, en contacto con la pobreza, la necesidad y la violencia, experimentó profundamente el poder de las tinieblas, que a al mundo también en nuestro tiempo. Pero experimentó, con la misma intensidad, la presencia de Dios, que se opone a toda estas fuerzas con su poder totalmente diverso y divino: con el poder de la misericordia. Es la misericordia la que pone un límite al mal. En ella se expresa la naturaleza del todo peculiar de Dios: su santidad, el poder de la verdad y del amor.

El Papa Juan Pablo segundo falleció el 2 de abril de 2005, después de las primeras vísperas de este segundo domingo de pascua, fiesta de la misericordia divina. Al morir, entró en la luz de la Misericordia divina, desde la cual, más allá de la muerte y desde Dios, ahora nos habla de un modo nuevo. "Tengan confianza en la Misericordia divina. Conviértanse día a día en hombres y mujeres de la misericordia de Dios. La misericordia es el vestido de luz que el Señor nos ha dado en el bautismo. No debemos dejar que esta luz se apague; al contrario debe aumentar en nosotros cada día para llevar al mundo la buena nueva de Dios" (Juan P. II).

En su encíclica: "Dives in misericordia" (Dios, rico en misericordia) que se publicó el 30.11.1980 anunció la profundidad de la misericordia divina, es más, la misericordia es la esencia de Dios.

Primera lectura (Hechos 5,12-16): El poder Pedro y el crecimiento de los creyentes

En la primera lectura de ese domingo se nos narra que, en los albores de la Iglesia naciente, la gente llevaba a los enfermos a las plazas para que Pedro, al pasar, los cubriera con su sombra: a esta sombra se atribuía una fuerza de curación, pues provenía de la luz de Cristo y por eso encerraba algo del poder de su bondad divina.

Pedro era un hombre con todas las debilidades de un ser humano, pero sobre todo era un hombre lleno de una fe apasionada en Cristo, lleno de amor a él. Mediante su fe y su amor, la fuerza de curación de Cristo, su fuerza unificadora, ha llegado a los hombres, aunque mezclada con toda la debilidad de Pedro. Busquemos también hoy la sombra de Pedro, para estar en la luz de Cristo.

La sombra de Pedro, mediante la comunidad de la Iglesia católica, ha cubierto nuestra vida, desde el día de nuestro bautismo. Podemos recordar cuáles han sido los momentos más importantes de mi vida, especialmente en mi camino de fe, en mi conocimiento y encuentro con Cristo resucitado.

Evangelio (Juan 20,19-31): A los ocho días, llegó Jesús y confesión de Tomás

De misericordia y bondad divina está llena la página del evangelio de san Juan (Jn 10.19-31) de este domingo. En ella se narra que Jesús, después de la Resurrección, visitó a sus discípulos, atravesando las puertas cerradas del Cenáculo. En la palabra “misericordia” encontraba sintetizado y nuevamente interpretado para nuestro tiempo todo el misterio de la Redención.

En el pasaje evangélico de hoy también hemos escuchado la narración del encuentro del apóstol Tomás con el Señor resucitado: el apóstol se le concede tocar sus heridas, y así lo reconoce, más allá de la identidad humanada de Jesús de Nazaret, en su verdadera y más profunda identidad: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20.28).

El Señor ha llevado consigo sus heridas a la eternidad. Es un Dios herido; se ha dejado herir por amor a nosotros. Sus heridas son para nosotros el signo de que nos comprende y se deja herir por amor a nosotros. ¡Qué certeza de su misericordia nos dan sus heridas y qué consuelo significan para nosotros! ¡Y qué seguridad nos dan sobre lo que es él: “Señor mío y Dios mío! Nosotros debemos dejarnos herir por él.

La misericordia de Dios nos acompañan día a día. Basta tener el corazón vigilante para poderlas percibir. Somos muy propensos a notar sólo la fatiga diaria. Pero si abrimos nuestro corazón, entonces, aunque estemos sumergidos en ella, podemos constatar continuamente lo bueno que es Dios con nosotros; cómo piensa en nosotros precisamente en las pequeñas cosas ayudándonos así a alcanzar las grandes. Al aumentar el peso de la responsabilidad en nuestra vidas, el Señor también nos da la ayuda necesaria.

María, Madre de misericordia

Que nos encomendemos a María, Madre de Misericordia, Madre de Jesús, que es la encarnación de la Misericordia divina. Con su ayuda, dejémonos renovar por el espíritu, para cooperar en la obra de paz que Dios está realizando en el mundo, pero que muchas veces no hace ruido, sino que actúa en los innumerables gestos de caridad de tantas personas.

Podríamos concluir con la tradicional oración del Salve Regina y a pesar de ser un poco larga, con paciencia podemos aprenderlo de memoria como también alguna versión cantada. Los sacerdotes todos hemos aprendido a cantar la “Salve Regina” durante la formación recibida en el Seminario Mayor. Pero podemos encontrar otras versiones muy hermosas en diversas lenguas que podemos escuchar y rezar cuando viajamos o caminamos también.

Concluamos esta homilía con la oración de la Salve Regina:

“Dios te salve. Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra: Dios te salve.
A ti llamamos los desterrados hijos de Eva;
a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.
Ea, pues, Señora abogada nuestra, vuelve a nosotros
Esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro,
muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clementísima! ¡oh piadosa! ¡oh dulce Virgen María!
Ruega por nosotros santa Madre de Dios.
Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén”.